

seduce. Jamás se han descrito con igual fidelidad el dolor, la desesperación y la resignación conmovedora de una mujer amante y abandonada, que en esta obra, que por los sentimientos tan humanos y tan naturalmente retratados puede considerarse como precursora del Werther, de Goethe, y como propia en todos los tiempos.

Véase lo que hace decir Bocaccio á Fiammetta, como supuesta autora, al dar un libro al público: «Has de conformarte con ser publicado en mi tiempo, el cual por ser tan desgraciado te ha vestido también á tí de desdicha como á mí; te toca presentarte á donde te envío con la cabellera en desorden, manchado, macilento y lívido, para despertar con mi infortunio en el corazón de los que te lean un sentimiento de respeto sagrado; y si en alguna hermosa faz vieras pintarse este sentimiento, apresúrate á celebrarlo tanto como puedas, porque ni tú ni yo estamos tan caídos que no seamos aptos para apreciar siquiera lo más elevado. Nos ha quedado lo que ninguna desgracia puede quitarnos, á saber, servir de escarmiento á los felices, para que cuiden de su felicidad y eviten asemejarse á nosotros.»

Una buena parte de esta obra singular es ficción, pero la verdad es que Bocaccio permaneció 15 años en Nápoles, al cabo de cuyo tiempo, en 1341, abandonó esta capital para pasar á Florencia, cumpliendo con el deseo de su padre.

Tan prolongada permanencia en aquella ciudad ejerció una influencia decisiva sobre su carácter é instrucción, por que á pesar de su gran repugnancia al estudio de las leyes, estudió con celo la lengua y literatura latinas, dando muchas pruebas de ello, á menudo fuera de lugar, en las obras que produjo en aquel espacio de tiempo. En Florencia continuó estos estudios, no con la constancia y regularidad que habría deseado pero siempre como su ocupación principal y predilecta. Volvió, sin embargo, en 1345 á Nápoles y continuó allí hasta 1348, siendo probable que concluyera en este espacio de tiempo algunas de las obras que hemos analizado, y que reanudara también las relaciones amorosas que tan dichoso le habían hecho; pero de ahí en adelante perteneció su vida principalmente á la república, á la amistad y al estudio.

Bocaccio hizo varios viajes, encargado de misiones diplomáticas por el gobierno de Florencia; uno al Tirol, para tratar con el margrave Luis de Brandeburgo, hijo mayor del emperador del mismo nombre; otros á Aviñón en 1354 y 1365 con una misión para el papa, y á otros diferentes puntos de Italia, teniendo la suerte de evacuar en todas partes su cometido á satisfacción de sus comitentes, á pesar de disentir Bocaccio no pocas veces de la política y de la marcha del gobierno de su ciudad patria. Si aceptó semejantes encargos aunque con la repugnancia que era natural, fué porque conoció que no había otro que quisiera aceptarlos, pues siendo el latín la lengua diplomática entonces, eran escasas en Florencia las personas aptas para estas misiones. Si Bocaccio, que tanto se burlaba de los frailes y de otras cosas, se encargaba de embajadas cerca del papa, era porque á pesar de las mofas que hacía del clero á ejemplo de muchos otros, no dejaba de ser como ellos, según el carácter de la época, fervoroso católico y partidario decidido del pontificado.

Bocaccio no era político; tenía ideas concretas y fijas de la fidelidad, constancia y amor que el ciudadano debe á la república; era entusiasta de la unidad de Italia; esperaba que los emperadores resucitarían la grandeza del antiguo imperio romano; pero todas estas ideas no llegaban á ser pasión y á lo más le arrancaban algunas declamaciones retumbantes y ampulosas, sin inducirle á tomar parte activa en su realización. Cuando lo requiere el caso, manifiesta en sus escritos su aprobación ó su disgusto; se declara partidario decidido de la casa de Anjou, que reinaba en Nápoles cuando

él vivió allí; era adversario irreconciliable de los Hohensaufen, enemigos de los Anjou, y llama á Manfredo, á quien Dante ensalzó, opresor infame de la Iglesia. El emperador Enrique VII, en el cual tantas esperanzas fundó Dante, era para Bocaccio «un foragido que, acompañado de feroces perros de presa, asolaba los otros países,» y de Carlos IV, tan deseado por Petrarca y á quien este había felicitado á su llegada á Italia, escribió: «Que vuelva cuanto antes á sus selvas rhinianas para encontrar allí una sepultura para su cuerpo asqueroso y sus títulos vanos.»

Entre las misiones diplomáticas de que estuvo encargado Bocaccio figura una que le condujo en 1351 á Padua para inducir á Petrarca á admitir una cátedra en la universidad de Florencia. No tuvo el éxito deseado; pero dió por resultado la amistad de los dos grandes vates italianos, amistad que se ha comparado con la de Goethe y Schiller. Es muy probable que Bocaccio viera por primera vez á Petrarca ya en el año 1341 en Nápoles, y que desde entonces estuviera en relación literaria con él. Estas relaciones se estrecharon cuando en 1340 Petrarca, en su viaje á Roma, pasó por Florencia, su ciudad patria, y el resultado fué una correspondencia en lengua latina entre él y Bocaccio, que era 9 años más joven, de la cual se han conservado 30 cartas de Petrarca y 5 de Bocaccio. Según parece de esta correspondencia Bocaccio era el más pobre y Petrarca el más rico de los dos, porque invita á Bocaccio á su casa y le hace regalos. Este último decía que el destino le trataba como enemigo; pero modesto y contento con su suerte, no sentía envidia del otro sino al contrario se le mostró en todo servicial: le proporcionaba copias de manuscritos raros, y lo que entonces era más raro todavía, no omitió nunca citar á Petrarca en sus aserciones, reconociéndose en sus obras deudor al mismo Petrarca por haberle dado el impulso en sus estudios. En una de sus obras le llama: «Arca de sabiduría, modelo de santidad, gloria de los poetas, orador dulcísimo que excede en conocimientos é inteligencia á todo el mundo,» y dice «que esperaba que las cartas que Petrarca le había escrito le darían fama póstuma.» Además instó á publicar sus obras, escribió para las ya publicadas versos laudatorios recomendando su lectura, y además de estas finezas literarias, no perdió ocasión alguna para hacerle muchos otros servicios personales, que Petrarca sabía apreciar y agradecer como merecían. Hay una descripción que hace Bocaccio de la casa y buen gobierno de la hija de Petrarca y otra muy bella de su nietecita, que se encuentran en una carta que escribió á su amigo desde Venecia. Semejantes muestras de amor y veneración habrían sido ya merecedoras de gratitud si hubiesen procedido de una persona cualquiera, cuánto más lo habían de ser procediendo de un hombre de tanto talento como su amigo Bocaccio. Así lo reconoció Petrarca, y en cambio mandó á Bocaccio una descripción de su vida doméstica y de sus estudios, juntamente con sus poesías acompañadas de comentarios ó explicaciones, y de las correcciones que le parecían más propias para mejorarlas, y suplicándole que le diera su opinión con toda franqueza. Petrarca llamaba poeta á Bocaccio á pesar de la modestia con que Bocaccio rechazaba este título, porque decía que la corona de laurel no hacía al poeta, pues que las musas no enmudecerían aunque el laurel desapareciese de la tierra. Al mismo tiempo le invitó á ir á vivir con él, á fin de vivir ambos juntos dedicados solo á los estudios y á la amistad, olvidando el resto del mundo.

Estos elogios mutuos no impedían que ambos se censurasen recíprocamente sus defectos cuando llegaba el caso con toda sinceridad y franqueza. Petrarca reconvinó á su amigo por su conducta disoluta, á la cual atribuyó las enfermedades y achaques que Bocaccio sufrió en el último período

de su vida, y este, en cambio, en una carta en que habla de personas y ciudades bajo nombres supuestos, llamando entre otros á Petrarca *Silvano*, le echó en cara la inconsecuencia con que reniega de sus principios, movido solo por la codicia, que no había esperado de él, y le pidió que no se hiciera servidor de los Visconti, ni de ningún soberano déspota, y que mostrara sus ideas republicanas permaneciendo lejos de las cortes de los príncipes. Sobre este punto, no pudieron jamás ponerse de acuerdo los dos amigos poetas; Bocaccio miraba todo servicio hecho á los grandes como una pérdida de tiempo y de libertad, mientras Petrarca se juzgó bastante fuerte para conciliar el servicio de los grandes con la independencia literaria.

Criticar pequeños defectos como los citados, es una gran prueba de amistad; mayor prueba es, sin embargo, cuando un amigo salva á otro sacándole de una obcecación que hace peligrar el cuerpo y el espíritu, y un servicio de esta clase prestó Petrarca á Bocaccio, que era un alma poco fuerte y de consiguiente muy accesible á cualquiera influencia. El caso fué el siguiente. En 1361 presentóse á Bocaccio un fraile llamado Joaquin Ciani para participarle, en nombre de su difunto compañero de convento Pedro Petroni, que Cristo se había aparecido á este y le había encargado decir á Bocaccio, Petrarca y otros que solo les quedaban pocos años de vida, y que urgía, para la salud de sus almas, que cambiasen de conducta renunciando á sus ocupaciones literarias y á sus estudios, y aprovecharasen el poco tiempo que habían de vivir en este mundo para dedicarse á la contemplación y á ejercicios piadosos. Para convencerle más, refirióle el fraile secretos personales que Bocaccio había ocultado á todo el mundo, con lo cual quedó aterrado y decidió seguir la amonestación y comunicar todo lo sucedido á Petrarca. Este le contestó en 28 de mayo de 1362.

No niega que un moribundo pueda predecir cosas venideras, pero no vé nada capaz de espantar en la comunicación del fraile, ya que el sabio no ignora que la vida es corta y por lo mismo se conduce de modo que está siempre preparado á morir; de ahí que la persona inteligente que se ha trazado un plan de vida intelectual, ha de estar también convencida de su bondad y acierto y no ha de dejarse apartar de este plan por avisos casuales. «¿Debemos acaso apartarnos de los poetas y autores gentílicos,—dice Petrarca en su contestación,—que nada sabían todavía de Cristo, cuando se leen sin escrúpulo las obras heréticas que le niegan directamente? Créeme, muchos quieren hacer pasar su cobardía é indolencia por inteligencia y severidad. Los hombres á menudo desprecian lo que no pueden tener, y precisamente suelen ser los ignorantes los que condenan aquello que les ha negado la naturaleza y no pueden sufrir que otros pisen el terreno que á ellos está vedado. Nosotros, sin embargo, que conocemos la ciencia, no debemos desdenarla, aunque nos quieran alejar de ella con amonestaciones virtuosas y amenazas de muerte, porque cabalmente esta misma ciencia es la que hace nacer en las almas sensibles el amor á la virtud, y destruye, ó por lo menos disminuye, el temor de la muerte; de modo que no distrae á sus adeptos del camino de la perfección, sino que los auxilia en él y se lo allana.» Después pasa Petrarca á demostrar que los grandes varones de la antigüedad han continuado sus estudios hasta la vejez más avanzada y concluye sus razonamientos en estos términos: «Bien sé que algunos han llegado á ser santos sin tener instrucción, pero también sé que por ser instruido no ha sido excluido nadie del gremio de los santos. Verdad es que el apóstol San Pablo hizo el elogio de la ignorancia que desprecia la ciencia, pero todos sabemos lo que este elogio significa. Si ahora quieres que te diga mi opinión con franqueza,

te diré que el camino que conduce á la virtud por medio de la ignorancia es llano, pero despreciable. Todos los buenos tienen el mismo objeto, pero se sirven de caminos diferentes, y aun los que siguen el mismo camino se diferencian mucho entre sí; uno anda aprisa, otro poco á poco, este está á la vista de todos, aquel queda oculto, alguno está erguido y colocado muy alto, y otros caminan encorvados humildemente. Todos pueden llegar al término deseado de su viaje, pero siempre llegará con más gloria aquel que está elevado y á la vista de todos. Por esto tiene más mérito la ciencia que ha llegado á la fe, que la simpleza, por santa que sea; y ningún ignorante de los que han entrado en el cielo llega á la altura de los que, cultivando la ciencia, han alcanzado la gloria eterna.»

Esta carta produjo el efecto deseado, libró á Bocaccio del terror y le devolvió á la ciencia. Por cierto que debió de dictarle la gratitud lo que dijo doce años después, lamentando la muerte de su amigo, á saber, que se encontraba como una nave sin timón, juguete de las olas y de los vientos.

Pocos años antes, en 1359, había conseguido Bocaccio quitar á su amigo lo que él calificaba de mancilla, á saber, la indiferencia cuando no el menosprecio que Petrarca había mostrado hasta entonces á Dante, á quien apenas nombraba y de cuyas obras poéticas nunca hablaba, según Bocaccio, por ignorancia, no por envidia. Para convertirlo, le envió una copia de la Divina Comedia, acompañándola de una poesía latina apologética é invitando á Petrarca á leer la obra.

Hízolo el vate laureado, y en la carta en que lo comunicó á su solícito amigo le dijo que era esta la vez primera que la había leído, cosa que por lo demás podía ser verdad, y que no lo había hecho antes por temer que teniéndola siempre delante, pudiera caer en la tentación de imitar á su autor. «Ahora, sin embargo,—sigue diciendo en esta carta interesante,—que este temor ya no existe, he leído sus obras y confieso de buena gana que le pertence, sin contradicción, el primer puesto entre los maestros del idioma italiano.» A su amigo Bocaccio concede el segundo puesto y para sí reserva el tercero. Concluye su carta diciendo: «Si Dante hubiese vivido más tiempo, acaso habría yo llegado á ser su mejor amigo, y ciertamente, mejor juez de sus obras que la multitud ignorante. Ahora, siendo ya imposible la relación personal, proclamo gustoso la fama de Dante y solo siento que se haya limitado á escribir en italiano, con lo cual se ha alejado del círculo escogido de los doctos, y ha dejado su nombre y su fama á merced del vulgo, cuyas alabanzas, por entusiastas que sean, no son las que corresponden á un gran genio.»

Petrarca no llegó á ser admirador entusiasta de Dante, porque como ya se trasluce de la carta que precede era demasiado grande el contraste que separaba á los dos genios, y demasiado pequeña la voluntad de Petrarca para transformar súbitamente la indiferencia de tantos años en una admiración y culto de las obras de su célebre rival; pero atribuir esta frialdad á la envidia, como muchos la han atribuido, sería aplicar á tan grande figura histórica una medida por demás mezquina; proceder tanto más erróneo cuanto que Petrarca menciona más adelante dignamente á su rival, aunque no llegó, como por otra parte han pretendido algunos, á copiar la Divina Comedia de su propio puño, ni á explicar el Purgatorio, ni á escribir una poesía apologética de Dante, como recientemente se ha supuesto por un error ya reconocido al descubrirse que el autor de la poesía atribuida fué Benvenuto, natural de Imola. Bastante honor le hace ser el autor del epitafio que hemos citado al hablar de Dante y de sus obras.

Bocaccio fué mucho más lejos, porque no parece sino

que consideró como la misión de su vida glorificar á Dante y mantener viva su memoria en la conciencia de sus contemporáneos. Para este fin, había redactado en su juventud un índice poético de la Divina Comedia; cuando ya hombre escribió, por los años 1354 y 1355, una biografía del poeta, y hácia el fin de su vida, en 1373, empezó un comentario para la gran obra de Dante.

El índice no tiene mérito particular; los capítulos en que se divide, todos cortos y en verso, empiezan con el mismo verso del canto de que tratan y son á lo mas una imitación feliz de los versos del célebre vate. La biografía, en cambio, es importantísima, y puede ser calificada de la primera biografía al uso moderno. Su desarrollo no es bueno, porque trata por separado la vida y las obras, con consideraciones singulares intercaladas, amén de mucho bagaje retórico; pero es vigorosa, el idioma italiano en que está escrita es fresco y lozano, la dición es natural y en general vale mas que casi todas las biografías artísticas y rígidas de los autores del siglo siguiente. Exageraciones como la de que Dante si hubiese podido vivir libre de obstáculos y penas «habría sido un dios en la tierra,» deben perdonarse al admirador que consideró como enemigos suyos á los que lo eran de Dante, por cuya razón fustigó duramente á los florentinos, que habían desterrado á su ídolo. La pasión de Dante, la poesía, es también la de Bocaccio, que la defiende con calor de la acusación de ser mentirosa y perjudicial, y la pone á la misma altura que la teología.

El comentario consiste en 60 lecciones que tratan de los primeros 16 cantos del Infierno. Estas son una parte de las lecciones que Bocaccio dió en la universidad de Florencia en su cátedra como profesor comentador de las obras de Dante. Entre las innumerables obras explicativas de las de Dante ocupan estas 60 lecciones un lugar muy honroso, no solamente por su antigüedad sino también porque, según las palabras de Hegel: «Tienen la gran ventaja de la inteligencia verdadera de la parte poética que sabe poner perfectamente de relieve.» «Aun hoy se considera esta obra como una de las mas eminentes de la prosa italiana, al mismo tiempo que impone por su erudición sorprendente, atendida la época en que fué escrita, y por los riquísimos datos que contiene sobre muchas personas contemporáneas. Sus juicios benévolos no van tan lejos que induzcan al autor á pasar por alto ó á ocultar defectos, porque critica la gula, el lujo, la envidia, la codicia y otros vicios de que acusa á los hombres de su tiempo, hablando especialmente de Florencia, lo cual no impide que alabe cuando la ocasión se ofrece á sus paisanos diciendo que son «hombres de gran inteligencia y de una sagacidad maravillosa.» Sorprende también que el autor, á pesar de su preferencia á favor de Italia, coloque á los demás países á casi igual altura que el suyo. Singular y desagradable impresión causa la gravedad con que habla de la importancia de la astrología, diciendo entre otras cosas: «Los filósofos y astrólogos enseñan que las constelaciones engendran y alimentan á las criaturas pacíficas, y hasta las guían en todo cuanto no se opone á la razón iluminada por la divina gracia.» Por otra parte cautiva con la veneración sencilla é ingenua que profesa á Dante y el valor con que defiende la poesía desechando ó cuando menos cercenando el alcance de la sentencia de San Jerónimo: «Las obras de los poetas son manjar de los demonios.»

Hay que saber que en aquella época se entendían por poetas los humanistas, es decir, los que estudiaban los autores de la antigüedad griega y latina, y se llamaban poesías las obras literarias, principalmente las de imaginación; y como este era el estudio favorito de Bocaccio, natural era que lo defendiera con valor y entusiasmo. Niño todavía había apren-

dido el latín y se sirvió luego de este idioma en sus cartas, poesías y trabajos científicos; mas no contento con esto, quiso aprender el griego, y tan grande fué su voluntad, que á despecho de grandísimas molestias, gastos y sacrificios, mantuvo durante muchos años en su casa á un griego llamado Leoncio Pilato, con el cual, probablemente, hizo conocimiento en el año 1360, en uno de sus viajes, y se lo llevó á Florencia. Este maestro, aunque un tanto superficial, le facilitó traducciones de la *Iliada* y de la *Odisea*, y le comunicó sus conocimientos arqueológicos y mitológicos, que Bocaccio después puso en sus obras al alcance de sus paisanos deseosos de aprender.

Entre estas obras de Bocaccio es la mas voluminosa la que trata de la genealogía de los dioses, titulada por el autor: *De genealogia deorum*, á cuyo título añadieron los copistas y literatos de la época la palabra *gentilium*. Debíó de concluirse en el año 1359 y la dedicó al rey Hugon IV de Chipre, se entiende al legítimo, porque hubo un pretendiente del mismo nombre. Este rey, que ocupó el trono de la isla desde el año 1324 hasta el 1361, había tenido relaciones de comercio con el padre de Bocaccio y las mantenía literarias y de amistad con varios eruditos italianos eminentes, impulsado por el deseo de aprender. Él fué quien encargó á Bocaccio la reunión del material y la redacción de la obra, que el autor dividió en 15 libros, los cuales, á excepción de los dos últimos, tratan de las guerras y amores de los dioses paganos agrupados por linaje genealógico y familias. Al mismo tiempo se esfuerza Bocaccio en explicar los mitos de los antiguos, ya alegóricamente, ya por medio de la física y astronomía; lo cual le condujo necesariamente, atendida la conexión íntima de las divinidades griegas y latinas con la raza humana, á los tiempos heroicos de estos dos pueblos, de modo que la citada obra vino á ser un tratado arqueológico y de leyendas.

Para semejante trabajo era indispensable un conocimiento vasto de los autores antiguos, que habían de consultarse y ponerse necesariamente á contribución; y con razón marcó Bocaccio con cierto orgullo este su conocimiento, diciendo: «Si hay quien dice que no me cree porque no tiene noticia de los autores antiguos que cito, culpe á su ignorancia.» Al propio tiempo conserva su modestia y el respeto á los autores antiguos, añadiendo solícito cuando de ellos disiente que no quiere quitarles su autoridad, y confesando en algunos puntos la insuficiencia de sus conocimientos. Además de los autores antiguos cita también autores modernos, y especialmente á Petrarca, á quien ensalza diciendo que es «el mas cristiano, inspirado por el Espíritu Santo, dotado de una memoria infalible y de una elocuencia maravillosa, cuyos escritos en nada ceden á los de Cicerón.» Toda la obra, pesada y en muchos pasajes confusa, respira una gravedad venerable que quita las ganas de reírse de ciertas singularidades históricas y supersticiosas, como el hacer descender á los franceses de los troyanos, rechazando por lo mismo la pretensión análoga de los ingleses, que dice que quieren con esto ennoblecer su barbarie; como el pretender, entreteniéndose en etimologías, que el nombre de Pandora se deriva de *pan*, todo, y *doris*, amargura; como el negar que *Centaurus* se deriva de *centum aura*, porque dice que no puede derivarse una palabra griega de una voz latina, ó el referir que poco antes había encontrado el cadáver de un gigante que debía tener en vida una altura de 200 varas. En todo esto era hijo Bocaccio de su tiempo y participaba de la ignorancia de la época, y sería injusto, por lo mismo, hacerle responsable de errores que eran generales y menospreciar por esto una obra que, como dice Landau, «ha sido la fuente donde aprendió toda la Europa durante muchos siglos la mitología y las

tradiciones simbólicas de los antiguos,» por lo cual merece ser mirada con veneración piadosa.

Los trece libros primeros contienen los datos históricos y los dos últimos observaciones generales, la defensa y justificación de los estudios literarios y la de la obra misma. En estas discusiones trata el autor de pulverizar todos los cargos y ataques de la teología cristiana contra el estudio de la antigüedad, probando que este jamás puede dañar á los pensamientos piadosos. Es la defensa de un tesoro cuya adquisición ha costado al autor inmenso trabajo y que constituye la alegría de su vida, defensa algo pesada y sacada en parte de la carta de Petrarca que hemos mencionado, pero en todo caso justificada y de buena fe, y lo que es mas, tan extensa como hasta entonces nadie la había presentado; lo cual constituyó un paso nuevo y considerable en el camino del Renacimiento, á despecho de los ataques de los partidarios de la Edad media, condenada á desaparecer.

Bocaccio quería hacer del estudio de la literatura antigua una facultad independiente de las humanidades; y si se excede en la defensa, hay que perdonárselo en gracia de ser el primer apóstol de esta idea, que necesariamente había de alborotar á innumerables personas cómodas y amantes del tranquilo camino trillado de la rutina. Si ataca á los juristas, hay que tener presente que seguía en esto la corriente de todos los humanistas, y contra los teólogos tenía también que hacer constar su fe ortodoxa y su devoción; por esto parafrasea en esta obra como en otras el credo católico y coloca al principio del libro noveno una excitación á los fieles para que se unan para libertar la Palestina de manos de sus opresores, excitación que habría hecho honor al mas famoso predicador de la guerra santa.

En casi todas las ediciones que se han hecho de esta obra, y Atilio Hortis, el admirador erudito de Bocaccio conoce diez en latín y once en idioma italiano, sigue á la genealogía, por vía de apéndice, una obrita titulada: «Las montañas, bosques, fuentes, lagos, rios, pantanos, y los nombres del mar,» (*De montibus, silvis, fontibus, fluminibus, stagnis, etc.*), que viene á ser un diccionario geográfico dispuesto por clases y estas alfabéticamente, para facilitar la inteligencia de los autores antiguos. Hortis se tomó el trabajo de buscar en los diferentes autores, por supuesto, antiguos, que Bocaccio utilizó para la composición de este pequeño diccionario, los pasajes relativos á las explicaciones de los nombres geográficos y de señalar de paso los errores en que Bocaccio cayó, fuese por falta de conocimientos geográficos fuese por el respeto que profesaba á estos autores ó por defecto de los que hicieron las copias de las obras que solo existían en manuscrito. Entre las que mas utilizó hay una obrita que lleva el mismo título y fué escrita en el siglo IV (algunos dicen en el VII) por Bibio Sequester, la cual ha dado lugar á que muchos críticos modernos hayan acusado á Bocaccio injustamente de plagiarlo, cuando el trabajo laboriosísimo de este último descansa igualmente sobre las obras de Plinio y de Pomponio Mela, cuyo resumen de geografía universal, titulado: *De situ orbis*, fué atribuido, durante mucho tiempo, al mismo Bocaccio, cuanto mas que lo que hoy se estigmatiza como plagio era en aquel tiempo un descubrimiento altamente meritorio de obras y conocimientos que se lloraban como perdidos. También consultó autores modernos entonces, como Audalon de Negro, al cual reconoce por tan gran autoridad en astronomía como á Cicerón en elocuencia y á Virgilio en la poesía; además tuvo presente á Pablo de Dagomari, el geómetra, á quien cita también en la Genealogía de los dioses, y teniendo que valerse de otros autores, además de antiguos, atrasados y defectuosos, sin conocimientos propios, no pudo menos de admitir muchas fábulas antiguas y no menos erro-

res nuevos, en medio de los cuales sorprenden agradablemente alguna que otra idea acertada ó alguna descripción bella, por ejemplo la de Bayas, pueblo célebre por sus baños, que figura también en las obras á que hemos pasado revista hasta ahora, y la de Vacluse, la residencia favorita de Petrarca, y del riachuelo Sorgue. También se encuentra intercalada alguna enérgica observación política, como la que dirige contra los venecianos por su crueldad feroz, todo lo cual puede hacer perdonar muchos pasajes enjutos y muchos errores y equivocaciones.

A la antigüedad se refieren igualmente otras dos obras históricas de Bocaccio, que no obstante el título general de cada una son también compilaciones laboriosas, escritas posteriormente al año 1360 y en las cuales el autor muestra su poco arte como historiador. La una se titula: *Mujeres célebres (De claris mulieribus)* y contiene, empezando por Eva, la historia de 97 mujeres de la antigüedad y de 7 de la Edad media, empezando por la papisa Juana y cerrando la galería con la reina Juana de Nápoles. Esta última, amiga personal del autor, á quien conoció en un viaje que hizo á Florencia, vivía todavía, y á pesar de todo cuanto las malas lenguas referían de ella, gozaba de las simpatías de sus contemporáneos, y naturalmente, mucho mas de las del autor, que por esta razón, si no escribió la obra en Nápoles, lo cual es muy posible, sabía que en aquella capital, tan llena de preciosos recuerdos para él, encontraría muchos lectores. Alabó, pues, á esta reina de una manera excesiva, y aun había pensado dedicar la obra, según dice, «á esta gloria resplandeciente de Italia, honra y prez especial, no solamente de reyes sino también del bello sexo, ilustre por sus ascendientes como por los lauros adquiridos personalmente,» solo que temió, añade, «que la obrita no soportara tanto resplandor;» mas en cambio desahoga su admiración entusiasta en su biografía, en la cual traza su genealogía hasta Dardano, hijo de Júpiter, haciéndola descender así de los dioses. La llama además, la reina mas grande, que gobierna con prudencia y valor un imperio dilatado, al cual ha restituido la seguridad y la libertad, reina que por su gran poder es el terror de los malos y por su hermosa y majestad la delicia de los buenos.

En las demás biografías se presenta Bocaccio para los defectos de las mujeres, juez mas riguroso que apologista, mas moralista que narrador libertino. Algunas historietas de las pocas que intercala estarían bien en el Decamerón, como la de Paulina, que se imagina ser objeto del amor del dios Anubis, mientras en realidad es otro sujeto al cual se entrega en su error, y que, perdidamente enamorado de ella, se valió de esta superchería. En pocas muestra el autor vigor y gracia, excepto en la triste historia de Tisbe; por lo general solo repite pesadamente y con torpeza lo que encontró sobre sus heroínas en la Biblia y en las obras latinas antiguas. Solo una vez se atreve á contradecir á estas, y contradice entonces al mismo Virgilio, en su biografía de Dido, y en otro pasaje de la misma obra se revela contra la autoridad de Dante, sosteniendo la conducta casta de aquella reina después de la muerte de su esposo y diciendo que eran una invención sus amores con Eneas. Es, sin embargo, posible que tanta independencia fuese debida al ejemplo de Petrarca.

En la segunda obra titulada: «Sucesos de varones célebres,» (*De casibus virorum illustrium*), con el ejemplo de reyes y otros altos personajes, y aun de algunas mujeres, entre ellas una plebeya, que todos, excepto tres, pertenecen á la antigüedad, trata de demostrar las miserias á que están expuestas las personas mas elevadas cuando abandonan el camino de la virtud y se entregan al vicio. Los tres personajes modernos son Jacobo de Molay, gran maestro de la orden de los templarios, cuya muerte á fuego lento había presen-